

Josef Goebbels, «historiador» de la guerra civil española

INGRID SCHULZE SCHNEIDER

ABSTRACT

Basándose en el estudio de los diarios, discursos y artículos publicados por el ministro alemán de Ilustración y Propaganda, Josef Goebbels, la autora realiza un análisis de cuáles fueron los principales ejes propagandísticos que predominaron en la política que el nazismo mantuvo hacia España. A su vez, tales textos le sirven como reflejo de las relaciones diplomáticas entre ambos países, que evolucionarían del entusiasmo inicial hasta las duras críticas por su lento avance en la Guerra Civil o su política dubitativa en la Guerra Mundial.

INTRODUCCIÓN

Las ayudas del régimen hitleriano al bando franquista en la guerra civil española hace tiempo que han sido estudiadas por historiadores competentes, al igual que la relación entre Alemania y España en la conflagración mundial que siguió a aquella. Bastante menos conocidas son las manifestaciones directas del omnipotente ministro de Ilustración y Propaganda del Tercer *Reich*, doctor Josef Goebbels, respecto a estos temas y su utilización propagandística de los mismos. Una de las fuentes pertinentes para conocer la opinión de Goebbels sobre los acontecimientos españoles son sus diarios, publicados —parcialmente— en varias ediciones, y sus artículos que vieron la luz en los órganos oficiales del partido nacionalsocialista.

Disponemos, además, de un documento extraordinario que une España de forma inequívoca a las ambiciones internacionales de los nacionalsocialistas: En 1937, en el congreso del partido nazi, celebrado —como siempre— en Nuremberg, Goebbels dedicó todo su discurso al supuesto problema español. Bajo el título «La verdad sobre España» desarrolló su teoría sobre la lucha entre el «Imperialismo judío-bolchevique» y las «fuerzas positivas» en Europa. Según sus palabras, España era un campo experimental para el «terror rojo».

Una vez conquistada la Península Ibérica, los bolcheviques la utilizarían como apoyo estratégico para un ataque a Europa y al Mediterráneo occidental.

El propósito del ministro de Propaganda no era otro que reducir la situación triangular de la guerra civil —los dos bandos enfrentados y los Estados neutrales— a una polaridad simple¹. De esta manera se crearía una clara línea de separación: En un lado las «fuerzas malignas del bolchevismo judío» y, en el otro, los «heroicos defensores de la civilización occidental». Los nacionalsocialistas formarían parte de la cruzada contra unas «fuerzas satánicas» que no actuaban solamente en España sino en Italia, Japón, Austria, Hungría, Polonia, Brasil, Turquía y Portugal. Como Alemania había vencido ya al enemigo en su propio país, estaba preparada para ponerse al frente de las fuerzas defensivas internacionales. Goebbels puso todo su talento persuasivo en sus palabras apasionadas que recordaban al Apocalipsis bíblico, pero con la diferencia, de que en este caso el *Führer* sería el salvador de la humanidad.

En el mismo año 1937, la editorial alemana del Anti-Komintern editó el «Libro Rojo sobre España», una publicación propagandística de la peor calaña, en la cual se enumeran y describen con todo tipo de detalles macabros los supuestos actos terroristas del bando republicano.

Pero no solamente durante la guerra española, sino también en vísperas de su finalización, cuando Francia y Gran Bretaña habían ya reconocido oficialmente al gobierno de Franco, Goebbels sigue elaborando artículos, en los cuales España sirve como ejemplo para ilustrar sus teorías. Especialmente, uno de ellos pone de relieve las técnicas propagandísticas del ministro, por lo que creemos interesante su reproducción —traducida por la autora— en estas páginas. Antes, y para poder seguir mejor la evolución del pensamiento goebbeliano, citaremos algunas de sus frases más reveladoras referentes al desarrollo de la contienda fratricida en España.

JUICIOS DESPECTIVOS SOBRE EL RÉGIMEN FRANQUISTA

Goebbels expresa en repetidas ocasiones —aunque en principio en un tono bastante moderado— su desencanto respecto al desarrollo de la política española. Un análisis de sus diarios muestra como pasa de un inicial entusiasmo por los sublevados y su causa, a una crítica cada vez más impaciente por el lento avance del ejército franquista. Veamos algunas de sus anotaciones al respecto:

- «En España prosigue el *putsch*. Esperemos que triunfe» (21-7-1936).
- «Los nacionalistas avanzan. Esperemos que continúen así. Deberíamos poder hacerles llegar armas por arte de magia» (11-8-1936).
- «Nuestros mejores deseos y aviones le acompañan» (9-11-1936).
- «Sólo Franco es un hombre» (10-11-1936).

¹ Bramsted (1971): 238.

- «El avance de Franco otra vez estancado» (17-1-1937).
- «Clamorosas noticias sobre el terror rojo en España. Pero Franco no avanza. ¿Será él realmente el hombre?» (24-1-1937).
- «(...) Esta España es capaz de provocar algún día un incendio mundial (...). El ataque aéreo al acorazado alemán «Deutschland» resulta mucho más grave aún de lo que al principio se pudo pensar: 22 muertos y más de 80 heridos (...). Esta maldita España nos crea preocupación tras preocupación y un día quizá convertirá el mundo en llamas» (31-5-1937).
- «En España no se adelanta. El *Führer* ya no cree en una España fascista. Porque Franco es un general y no tiene ningún movimiento detrás de él. Sólo cuenta para él lograr una victoria» (24-7-1937).
- «El ejército republicano está ya en plena desbandada y los alemanes todavía no se lo acaban de creer: por la tarde con el *Führer*. Habla largamente de la cuestión española. Barcelona está a punto de caer. Sobre si Franco será capaz de dirigir el ataque final. Una España nacional nos garantiza en un próximo conflicto, al menos neutralidad. Y sobre si Franco acabará con la reacción y el clericalismo»(27-1-39)².

El desencanto del ministro de Propaganda respecto a la política franquista seguirá en aumento tras el comienzo de la Guerra Mundial. Sirva aquí como ejemplo el siguiente párrafo tomado de la anotación de Goebbels correspondiente al 5 de noviembre 1940:

«(...) El jefe de la organización internacional del partido nacionalsocialista en España, Thomsen, nos informa sobre la situación allí: simplemente inconcebible. Franco y Suñer completamente entregado al clericalismo, carecen de apoyo popular; ni siquiera han comenzado a ocuparse de cuestiones sociales; hay un caos tremendo; la Falange no tiene ninguna influencia; economía destrozada en todos los ámbitos; mucha *Grandeza*, pero nada detrás. Alemania admirada como país de milagros. Muchos desean que vayamos a poner orden. Esta es la imagen de un país después de una revolución que ha causado casi 2 millones de muertos. Y encima es un aliado nuestro. ¡Espantoso! Menos mal, que no hemos apostado por esta carta (...)»³.

La negativa de Franco de participar activamente en la guerra mundial, no mejorará, lógicamente, la opinión del ministro alemán sobre el gobierno del Caudillo.

Es de sobra conocido, que tampoco Hitler tenía en mucha estima al general Franco, especialmente después de su tirante entrevista con él en Hendaya. Lo demuestran las siguientes manifestaciones del *Führer*, pronunciadas en tertulias personales de sobremesa:

² Las citas proceden del artículo de Hilari Raguer (1989): 25-31.

³ Traducción del original por la autora.

«Si no hubiera existido el peligro de que el bolchevismo se extendiera a Europa, Alemania no hubiera intervenido en la revolución española: Así los curas hubiesen sido eliminados. Si los clérigos consiguiesen mandar aquí, Europa volvería a caer en la Edad Media más oscurantista»⁴.

En otro momento, el juicio de Hitler sobre el régimen de Franco es aún más demoledor. Al recibir la noticia, de que en ocasión de la procesión del Corpus Cristi en el año 1942, el gobernador de Barcelona prohibió a los falangistas llevar sus uniformes o cualquier insignia representativa de su afiliación política, el *Führer* manifestó, que el Estado español iba directamente encaminado a precipitarse hacia nuevas catástrofes:

«Precisamente los curas y los monárquicos, que también son los enemigos de la revolución popular en Alemania, se han unido para adueñarse del gobierno del pueblo.

Por tanto no hay que extrañarse, si algún día estalla una nueva guerra civil, en la que los falangistas tengan que unirse a los rojos para poder dominar a la gentuza eclesiástica y monárquica (...) . La pena es que los sangrientos sacrificios de falangistas, fascistas y nacionalsocialistas en la conflagración pasada no hayan dado mejores frutos (...)»⁵.

En ulteriores manifestaciones, la opinión de Hitler sobre la situación de España no mejora, sino se intensifica su convicción de que todos los males del país se deben al papel predominante que la Iglesia católica juega en la vida pública. Tampoco la figura de Franco se salva de la quema, y el *Führer* afirma, que no ha cumplido las esperanzas puestas en él, aunque reconoce que ya el almirante Canaris le había prevenido antes de su entrevista con el Caudillo en Hendaya, de que no esperara encontrarse con un «héroe» sino más bien con un maniobrero político⁶.

Las citas podrían alargarse, pero en sustancia todas —tanto las de Goebbels como las de Hitler— vienen a decir lo mismo: Franco no ha cumplido las expectativas puestas en él. Ha otorgado un poder excesivo a la Iglesia Católica, a costa de las fuerzas sociales encarnadas por la Falange auténtica.

Sin embargo, estas opiniones personales de los dos jefes nazis nunca trascienden al gran público alemán. Por el contrario, la propaganda alemana utiliza siempre la guerra fratricida en España como un ejemplo paradigmático de lo que podría pasar en el resto de Europa si no se logra acabar con el «peligro bolchevique».

⁴ Picker (1989): 108.

⁵ Idem: 146.

⁶ Idem: 429.

EL VÖLKISCHER BEOBACHTER. PRIMER ÓRGANO PROPAGANDÍSTICO

Mucho antes de que los nacionalsocialistas llegaran al poder, disponían ya de órganos centrales de propaganda. Entre éstos destaca el periódico *Völkischer Beobachter* («Observador Popular») de Munich, vinculado a la extrema derecha. En 1920, el periódico —sucesor del *Münchener Beobachter*, fundado en 1887— se encontraba en bancarrota financiera y fue adquirido, en diciembre del mismo año, por el NSDAP («Nationalsozialistische Deutsche Arbeiter Partei») por la suma de 120.000 marcos. Pronto, el *Völkischer Beobachter* se convertiría en la publicación más emblemática del consorcio Eher, la gran empresa editorial del nacionalsocialismo.

Desde 1925 hasta 1933 el nombre de Adolf Hitler figura como editor del periódico, que —inicialmente— contó con unos siete mil suscriptores. Al principio, el *Völkischer Beobachter* se publicó dos veces por semana, los miércoles y sábados, con sólo cuatro o seis páginas. El 8 de febrero de 1923 se convierte en diario, y, en los meses siguientes, jugará un importante papel en la preparación del *putsch* de noviembre. Entretanto, la tirada había alcanzado 30.000 ejemplares. Después de la intentona fallida de los secuaces de Hitler, el periódico sufrió el mismo castigo que el partido nacionalsocialista: la prohibición.

La reaparición del órgano propagandístico tuvo lugar el 24 de marzo de 1925, primero como semanario y, al cabo de un mes, diariamente. Había que empezar de nuevo, porque la tirada había quedado reducida a 4.000 ejemplares. La recuperación de lectores fue una tarea lenta. En 1929 no se había alcanzado aún la cifra de 1923. Solamente después de crear —aparte de la edición habitual en Munich— otras dos, la primera destinada a la zona del Sur de Alemania, y la segunda ubicada en Berlín, la tirada total alcanzaría 40.000 copias. A partir de entonces, el ascenso del periódico sería constante, especialmente en la capital germana. En 1931 se contabilizaban ya 130.000 ejemplares.

Cuando Hitler alcanza el poder en 1933, el *Völkischer Beobachter* se convertirá en órgano oficioso de su Gobierno. La redacción se ampliaría con una edición para el Norte de Alemania y, tras el *Anschluss* de Austria en 1938, con otra en Viena. En 1939 el periódico tira diariamente 750.000 copias, y en 1941 serán 1,2 millones⁷.

El *Völkischer Beobachter* no era el único periódico nacionalsocialista en Berlín. Para su conquista de la capital alemana —a donde Goebbels había sido enviado por Hitler en 1926—, el todavía aprendiz de nacionalsocialista creó un año después de su llegada un semanario combativo: *Der Angriff* («El Ataque»). La publicación era de una calidad ínfima, y se nutría casi exclusivamente de los editoriales escritos por el propio Goebbels. Pensada para la agitación de la clase trabajadora, parecía más bien un «cartel publicitario», redactado en el lenguaje de la calle. A pesar de los continuos esfuerzos por hallar

⁷ Koszyk (1972): 380-382.

lectores, la tirada del *Angriff* no llegó —según estimaciones, ya que faltan datos concretos— a sobrepasar los 60.000 ejemplares⁸.

Por tanto, no es de extrañar que el ministro de Propaganda utilizara para sus disquisiciones ideológicas preferentemente las páginas del *Völkischer Beobachter*. Reproducimos, a continuación una de ellas, dedicada —tal como señalamos en la Introducción— a la situación en España.

UN ARTÍCULO REVELADOR

El 4 de marzo de 1939, en el *Völkischer Beobachter* de Berlín se publica el siguiente artículo:

«El isleño y la cuestión española

Por el Ministro del Reich Dr. Goebbels

¡Imagínense¡:

Al habitante de una solitaria isla del Océano Pacífico, pasablemente ilustrado, sabiendo leer y escribir y, por lo demás, sin un pelo de tonto; en una palabra, con sano sentido común; sin idea alguna de los acontecimientos y circunstancias en Europa, es más, sin imaginárselos siquiera. Lo contempla todo con extrañeza y, por ello, también sin prejuicio alguno.

El citado isleño recibe un buen día, por casualidad, un resumen de las polémicas en prensa, radio y notas diplomáticas intercambiadas de junio de 1936 a marzo de 1939, entre los estados democráticos y los autoritarios sobre el problema español. Es indudable que, tras la primera lectura superficial de este resumen, debe tener la impresión de que a la filantropía más completa, a la sabiduría y a un extraordinario sentido de la responsabilidad en el lado democrático, se contraponen en el autoritario la barbarie, la cerrazón mental y política, una fanática incapacidad de juicio y una falta casi criminal de responsabilidad con respecto a Europa y a todo el mundo.

Cuanto más profundiza en la lectura del mencionado documento, tanto más debe constatar, con asombro y meneos de cabeza, que la verdad es justamente la contraria de la que uno puede interferir de una lectura somera de los documentos. Entonces se le acaba también al isleño la comprensión. Se siente tan atontado como si un molinillo le diera vueltas en la cabeza. Porque el citado habitante de la isla solitaria del Océano Pacífico comprueba, con asombro, lo siguiente:

En el verano de 1936 se alza la España nacional contra el intento del bolchevismo internacional de convertirla en una nueva sección de la Internacional comunista. Este alzamiento encuentra su motivación íntima en la situación

⁸ Riess (1989): 89.

política y social, que llega a ser insoportable para el pueblo español. Primo de Rivera tuvo que dimitir en 1930. En el año 1931 se produjo, consecuentemente, la esperada caída de la monarquía. En 1934 se origina una primera gran revuelta comunista, sobre todo en Asturias. El 16 de febrero de 1936 tienen lugar, bajo el mayor terror marxista y la más cínica falsificación de votos, unas elecciones que arrojan, supuestamente, para el llamado Frente Popular un 47 por ciento de los votos emitidos. Más tarde, se construye, artificialmente, una mayoría, aprovechando una nueva ley electoral favorable al Frente Popular.

Comienzo de la sangrienta tiranía bolchevique

Como primera medida del nuevo Gobierno del Frente Popular se produce el 22 de febrero de 1936 la amnistía de alrededor de 30.000 criminales comunistas. Son lanzados sobre el país según la vieja costumbre revolucionaria bolchevique. Al amparo de una legalidad apañada, se desata sobre España un régimen de terror casi indescriptible. El pueblo español, a la vista de esta tiranía sangriento, no tiene otra posibilidad más que alzarse en armas. En un programa de acción del Comité ejecutivo del Komintern, publicado el 27 de febrero de 1936, se relacionan diez puntos que, de ser llevados a cabo, conducirían a una destrucción completa de la economía y de la vida cultural de España. Se intenta realizar estos diez puntos paso a paso. La meta final de estas acciones será la toma completa del poder por el llamado proletariado comunista. Para alcanzar esta meta, se inunda el país con un terror de masas, creándose milicias armadas como primeras unidades del futuro Ejército rojo. Moscú no permanece inactivo y envía tres mil agitadores a España, en su mayoría judíos. Bajo la guía de Largo Caballero, —quien se titula orgulosamente el Lenin español— desatan los partidarios del Frente popular un terror armado nunca visto, por medio del asesinato, del incendio y del pillaje. El General Franco, Jefe del Estado Mayor, es cesado y enviado a las Islas Canarias, como Gobernador Militar. El 13 de julio de 1936, el diputado nacional Calvo Sotelo es asesinado, bajo circunstancias que claman al cielo.

El alzamiento de la España nacional

El 17 de julio de 1936 comienza desde el Marruecos español la revolución nacional, cuya dirección asume el General Franco. El mismo día, el gobierno del Frente Popular es declarado ilegal por los dirigentes del Movimiento nacional.

¿Cómo reacciona entonces Europa ante este hecho? No puede haber duda alguna de que la intentona de someter a la Península Ibérica al dominio de la Internacional comunista, significa una amenaza directa a la cultura europea desde su frontera occidental. Por tanto debería ser obligación de todos los estadis-

tas responsables de Europa, si no aplastar por la fuerza este intento, por lo menos impedirle la llegada de cualquier ayuda.

Ayuda a los bolcheviques desde París y Londres

París y Londres, por el contrario, consideran, desde el principio, a esta acción nacional española como una revuelta de generales descontentos. Durante dos años y medio no conocen otra caracterización de este proceso. Se esfuerzan insistentemente en hacer llegar su ayuda al bando rojo bolchevique. Siempre que pueden, oponen a la España nacional resistencia y obstáculos. Para ellos no existe más que ese gobierno ficticio del Frente Popular, que ha usurpado el poder y oprime al pueblo español bajo un yugo que no está dispuesto a soportar.

Cuando los estados autoritarios se inmiscuyen, lo hacen por altruismo nacional, movidos tan sólo por un sentido del deber y de su responsabilidad europeos. Por ello, los estados democráticos los someten a un indigno enjuiciamiento publicístico y diplomático. No se dan tregua en manipular la opinión pública en el sentido de que el proceso en España no significa otra cosa que el levantamiento de un grupo de generales revoltosos, que serán aplastados legalmente por el Gobierno legítimo.

Para las democracias son sublevados y amotinados, mientras que a los bolcheviques se los califica de leales, gubernamentales y fieles al gobierno. La simpatía de las democracias pertenece, con toda claridad, al régimen bolchevique en España. Aquí se muestra en la práctica ese íntimo parentesco entre Democracia y Comunismo, que nosotros a menudo hemos señalado en teoría.

El 2 de agosto de 1936 el ministro de Esto marxista francés Paul Faure declara: «Todos los franceses deben alinearse con determinación al lado del gobierno regular español. En el caso desdichado de que los rebeldes entraran triunfantes en Madrid, dominaría España un gobierno antifrancés, y al fascismo europeo podría, con una mayor osadía, forzar su labor de destrucción de las democracias».

El régimen de terror del poder rojo español

El régimen de terror del poder rojo español alcanza formas espeluznantes. Se cobija bajo la especial protección de las democracias europeas occidentales. Nada de aquello que ocurrió en España y que pueda hablar contra el bolchevismo se pone en conocimiento de la opinión pública mundial. Se asesinan, ultrajan y crucifican innumerables religiosos y monjas; en Barcelona se producen numerosas ejecuciones en masa de detenidos civiles. Cientos de Iglesias en todas las zonas al alcance de los rojos se destruyen. Incluso algunos parlamentarios ingleses tienen que informar en los siguientes términos: «Hemos visto

crueledades en las cárceles rojas en España. En Madrid, y en una semana, han sido asesinadas 2.150 personas; hasta febrero de 1937 ya se habían masacrado a 16 750 clérigos y 11 obispos.»

¿Cómo reaccionan las democracias ante estos hechos?

Apenas se dan por enteradas; París y Londres no se sienten influidas en manera alguna por aquellos en su comportamiento con el gobierno rojo español. Para ellos los terroristas siguen siendo los representantes legales de España. Incluso, en lugar de poner en conocimiento de la opinión pública estos espantosos hechos en la España bolchevique, inventa la prensa democrática en París y Londres crueledades que, presuntamente, han tenido lugar en el lado nacional español. Se inventa la leyenda de la destrucción de Guernica. Se pretende achacar a Alemania e Italia la destrucción de provincias españolas. Una campaña de mentiras de grandes proporciones, se lleva a cabo a nivel mundial, para desacreditar al gobierno nacional español y, con él, a Alemania y Italia.

Envíos incalculables de armas desde Francia a España

Comienzan en París y Londres los primeros intentos de la política de no intervención. Sin embargo, a través de la frontera francesa, noche tras noche, se introducen en España incalculables envíos de armas. No obstante, hipócritamente se declara que el conflicto español es un asunto interno, en el que no se deben mezclar los estados europeos. Los suministros de materiales y armas a través de la frontera francesa aumentan de día en día. Con esas armas se destruyen las más florecientes provincias españolas, ahogando en sangre a la juventud nacional de ese país.

Ya el 1 de agosto de 1936, el gobierno francés bajo su entonces ministro presidente, el judío Blum, tomó la iniciativa de convocar un pacto de no intervención. Astutamente este pacto se redacta de forma tal que ayuda exclusivamente a los bolcheviques españoles. De momento se bloquea sólo la entrada de aquél material de guerra que los bolcheviques pueden fabricar por si mismos en los centros industriales españoles que todavía dominan. Cuando Alemania e Italia hacen notar oportunamente, que la afluencia de voluntarios rojos de todo el mundo, y de completas formaciones bolcheviques de combate no se compaginan con el espíritu del pacto de no intervención, se ignora por completo esta objeción. Se deja abierta esta brecha en el sistema de no intervención mientras la España roja se pueda beneficiar de ella.

Cuando la página se vuelve y la ayuda de los voluntarios inclina también la balanza a favor de la España nacional, se quiere cerrar de pronto este resquicio y se comienza un mercadeo indigno con la amenaza de reiniciar también oficialmente el suministro de material de guerra, que siempre se mantuvo de forma ilegal. El Comité de No Intervención, que tenía como misión controlar este acuerdo, actúa en modo absolutamente parcial. Moscú juega en este organismo el papel principal. Por un lado lanza discursos humanitarios a la opinión

pública y, por otro, envía carros de combate, ametralladoras y aviones bombarderos a Madrid y Barcelona.

En este comité, naturalmente, no puede faltar el, con razón tan apreciado, catastrófico político Anthony Eden. Con todos los medios imaginables da ocasión a Moscú para que actúe en el Comité de No Intervención. Pero, al mismo tiempo, la Sociedad de Naciones, en su décimo séptima sesión ordinaria, celebrada el 21 de septiembre de 1936, se ocupa de la extraordinariamente importante cuestión de la contaminación de las aguas marinas por hidrocarburos.

La base legal de las actuaciones del Comité de No Intervención sigue siendo, hasta su poco honroso fin, la constatación que Franco es el rebelde y revoltoso; los bolcheviques, por el contrario, representan el gobierno legal. Se intenta someter a Alemania e Italia a una presión casi chantajista. En los periódicos de las democracias occidentales, se minimizan y desprecian los éxitos militares de Franco. Se hace creer al público, que su final está cercano. Continuamente se lanzan los más favorables pronósticos sobre las operaciones militares de la España roja. De esta forma se fuerza a un desgraciado país a una guerra civil de dos años y medio de duración, sólo porque las democracias occidentales europeas quieren mantener su incomprensión, porque han apostado por el caballo equivocado, porque en su miopía ponen su obstinación ideológica por encima de sus intereses nacionales.

A finales de 1938 comienza la ofensiva de Franco. Con algunos certeros golpes fuertes pone en fuga a la canalla bolchevique. Apenas se puede dudar ya de su victoria final.

Vuelco de las democracias

Ahora completan las democracias su «chaqueteo». Se produce de una forma tan indigna, que repugna a toda persona con carácter. De sopetón, París y Londres dan el vuelco. Hacen como si nunca hubieron tenido nada contra la España nacional. Sólo se quiere impedir que Alemania e Italia permanezcan en España. Franco, que hasta ahora había sido presentado como rebelde y faccioso, se convierte de pronto para las democracias en un estadista y notable estrategia.

Después de que durante años las democracias hubieran pisoteado los intereses vitales del pueblo español, quieren ahora despertar la impresión de que son los buenos vecinos naturales de España. Si bien todavía intentan, durante el reconocimiento de Franco, hacer algunos negocios chantajistas. Cuando fría y despreciativamente se les rechaza, se retiran moviendo el rabo y, de un atrevido salto vuelven al mundo real.

Todo ello, sin embargo, tiene que pagarlo caro el pueblo español. El país está devastado; su juventud nacionalista, en gran parte, desaparecida; sus tesoros artísticos trasladados al extranjero; sus valores materiales han sido expoliados, robados y destruidos.

Y ahora las democracias hacen como si no tuvieran ni la más mínima responsabilidad en estos procesos. Se lavan, como Pilatos, inocentes las manos. Proclaman su aparente amistad con Franco, al que, durante dos años y medio, han humillado y ofendido.

Como hay que reconocer, una vergüenza política mundial, y una hipocresía de las democracias, de dimensiones tales, que clama al cielo. Buscan forjar una amistad con España que chocha con un cúmulo de crímenes políticos y militares contra los intereses nacionales españoles. Lo más infamante de este proceso es que no se encuentre una sola publicación en París ni en Londres que, al menos, sienta esa vergüenza.

Estos democráticos poseedores de patente de moral, son tan cínicos, que creen que la opinión pública mundial no se daría ya cuenta si, en caso necesario, intentarían convertir lo blanco en negro, y viceversa.

Londres y París han otorgado ahora a Franco el diploma de la legitimidad democrática. Todavía hace pocos meses era democráticamente legítimo destruir iglesias, armar a la chusma carcelaria, violar monjas y crucificar clérigos.

Esta es la tragedia hispana y así han reaccionado las democracias. Y así hay que llevarlas ahora también ante el juicio de la opinión pública mundial. Ellas son las que menos derecho tienen a enjuiciar a los estados autoritarios. Nos sentimos muy por encima de esa hipócrita moral política, y eso también le ocurrirá al citado isleño.

Tomará conocimiento, con asombro, sin duda, de todo ello. Al no tener una formación clásica y, por tanto, desconocer a Goethe, no puede intentar ayudarse recurriendo a la cita —siempre tan apropiada para casos tan clamorosos como éste— de su inmortal obra *Götz von Berlichingen*.

Se apartará, seguramente, rencoroso o completamente incomprensivo de esta lectura tan estúpida y llegará a la siguiente conclusión: Europa se ha convertido en un manicomio. Hay, es cierto, todavía algunos estadistas razonables, que intentan defender la vida y la existencia cultural y económica de esta parte del mundo; pero, precisamente por ello, porque son tan razonables, serán declarados locos por las democracias, únicos expendedores de bendiciones.

Dicho isleño, probablemente no sentirá, lógicamente, ninguna nostalgia especial hacia Europa. Echará a un lado esa excitante y confusa lectura, concluyendo con resignación: Esos europeos se sienten tan importantes con su cultura y su sabiduría, pero cuando se les contempla a plena luz...: ¡Cuánto mejores seres humanos somos nosotros los isleños!

Probablemente, el artículo del ministro de Propaganda deja al lector actual, no acostumbrado a la lógica nacionalsocialista, un tanto perplejo, y se hará la pregunta: ¿Cómo fue posible, que argumentos como éstos y otros parecidos embaucaran durante doce años a un pueblo entero? Habría que contestar: Aquello era otro mundo. Los compradores del *Völkischer Beobachter* pertenecían a

una clase social con una educación muy rudimentaria, y Goebbels lo sabía. Intencionadamente se pone —en apariencia— de parte del «hombre común» que nada entiende de política, pero que se cree más honesto que los dirigentes internacionales «chaqueteros», carentes de moralidad. Supuestamente, España era la muestra más palpable de la razón de sus afirmaciones.

La descalificación de la Democracia como forma de Gobierno —estrategia común de los partidos totalitarios en Alemania desde la derrota en la Primera Guerra Mundial— alcanza en la pluma del ministro de Propaganda un sentido aún más cínico y siniestro. Solamente un público ingenuo, no habituado a semejantes recursos retóricos farisaicos, y con una fe ciega en las bondades del sistema nacionalsocialista, podía caer en las redes del Mefistófeles de la propaganda germana. Hay que tener en cuenta, que no existían medios alternativos de información, sino que, por el contrario, los mensajes lanzados en asambleas de masas y transmitidos por radio a todos los ciudadanos, servían para reforzar eficazmente las ideas difundidas por la prensa.

Pero, al margen de la cuestión de la valoración de los efectos reales que esta clase de propaganda haya podido producir en su momento, el artículo de Goebbels puede servir también como testimonio de una verdad amarga, que hay que reconocer con tristeza: ¡Qué maleable es la Historia!

BIBLIOGRAFÍA

- ANTI-KOMINTERN: *Das Rotbuch Über Spanien*, Nibelungen Verlag, Berlin, 1937.
- BRAMSTED, Ernest, K.: *Goebbels und die nationalsozialistische Propaganda, 1925-1945*, S. Fischer, Frankfurt, 1971.
- FREI, Norbert y SCHMITZ, Johannes: *Journalismus im Dritten Reich*, Edit. Beck, Munich, 1989.
- GOEBBELS, Dr. Josef: «Der Insulaner und die Spanienfrage», en *Völkischer Beobachter*, Berlín, 4 de marzo 1939.
- GOEBBELS, Dr. Josef: *Die Wahrheit über Spanien, Rede auf dem Reichsparteitag in Nürnberg 1937*, Franz Eher Verlag, Munich, 1937.
- KOSZYK, Kurt: *Deutsche Presse 1914-1945*, Colloquium Verlag, Berlin, 1972.
- PICKER, Henry: *Hitlers Tischgespräche*, nueva edición Edit. Ulstein, Munich, 1989.
- RAGUER, Hilari: «La guerra Munich vista por Goebbels», en *Historia* 16, n.º 153, 1989, pp. 25-31.
- REUTH, Ralf Georg (Edit.): *Josef Goebbels Tagebücher*, Edit. Piper, Munich, 1999.
- RIESS, Curt: *Goebbels, Dämon der Macht*, Edit. Universitas, Munich 1989.